



**COMPETITIVIDAD, LIBRE COMERCIO
Y GLOBALIZACIÓN**

Guatemala, 1 de junio de 2005

Es una gran satisfacción para mí acompañarles en el día de hoy, y poder compartir con todos ustedes algunas reflexiones. Es un placer añadido hacerlo aquí, en Guatemala, pueblo hermano, y en español, la lengua que nos une y que demuestra día a día su extraordinaria pujanza. Les agradezco muy sinceramente su presencia, su tiempo y su interés.

Como quizás sepan, hace algo más de un año abandoné por voluntad propia la política activa. Siendo Presidente del Gobierno de España, no quise presentarme como candidato a un tercer mandato. Cumplí así una promesa efectuada muchos años antes, cuando aún era el jefe de la oposición: la de no permanecer más de dos mandatos cuatrianuales al frente del Gobierno, aunque en España, como es habitual en los regímenes europeos, no existen esos límites legales.

Desempeño ahora la responsabilidad de presidir la Fundación FAES, que aspira a consolidarse como la mejor factoría de ideas española y una de las mejores de Europa, y soy profesor de la Universidad de Georgetown. Les aseguro que la vida, después de haber desempeñado las más altas responsabilidades políticas en mi nación, España, reserva muchos retos a los que me enfrento cargado de ilusión.

* * *

No es porque yo sea optimista, que lo soy, pero creo que, objetivamente, el mundo vive buenos momentos.

2004 fue el año de mayor crecimiento económico mundial de los últimos treinta. La economía mundial creció un 5%. Y 2005 también va a ser un año muy positivo. La economía mundial crecerá por encima del 4%.

En el mundo desarrollado, los Estados Unidos siguen siendo un potente motor económico. Japón permanece en situación de reanimación, y una gran parte de Europa se encuentra estancada, por responsabilidad única y exclusivamente propia.

La expansión económica es también compartida por muchas naciones latinoamericanas. La economía latinoamericana creció un brillante 6% en 2004, y se prevé que lo haga este año claramente por encima del 4%, con prácticamente todas las economías creciendo por encima del 3,5%. Este crecimiento es, además, de carácter equilibrado, con presupuestos públicos mayoritariamente cercanos al equilibrio o, incluso, con superávit, con cuentas exteriores sostenibles y tasas de inflación moderadas.

En ese panorama mundial de expansión económica, brillan con luz propia algunos grandes países en desarrollo de baja renta per cápita cuyo dinamismo está siendo capaz de sacar de la pobreza de forma rápida y sostenida a muchos de sus habitantes. Me refiero a países como la India o China, los dos más poblados del

planeta. Decenas de millones de habitantes de estos países ven mejorar su situación año a año.

Los indicadores globales nos muestran, así, que el mundo está siendo capaz de aumentar con rapidez la capacidad de mejorar el nivel de vida de sus habitantes, y eso es, sin lugar a dudas, una buena noticia.

Al mismo tiempo, esta etapa de creación de prosperidad no es, al mismo tiempo, una etapa de mayor desigualdad. Todo lo contrario. Se trata, quizás, de un fenómeno insuficientemente difundido.

En efecto, los trabajos más rigurosos que analizan la distribución de la renta mundial para el conjunto de la población del planeta, con independencia del país en el que residan, en lugar del enfoque tradicional, hoy superado, de comparar rentas per cápita por países, demuestran que en la última década y media la economía mundial no sólo ha crecido con vigor, sino que, además, las diferencias en los niveles de renta se han ido reduciendo de forma sensible y sostenida.

Me permito remitirles, por ejemplo, al conocido estudio del profesor Sala y Martín, de la Universidad de Columbia.

La economía mundial, por tanto, y aunque algunos no lo quieran reconocer, está ganando terreno de forma muy importante en términos de equidad.

En mi opinión, no es casualidad, ni mucho menos, que el avance de la prosperidad y de la equidad se produzca en un contexto de globalización, esa palabra maldita para algunos, y que sin embargo tanto está ayudando justamente a lograr los supuestos fines de quienes la combaten con ferocidad.

Porque, ¿qué es la globalización? ¿No es, en definitiva, sino la eliminación de barreras proteccionistas por parte de todos, insisto, de todos, y la rápida extensión global de la tecnología en un contexto de progreso técnico acelerado?

Un proceso de esas características sólo puede ser fuente de bienestar. Y, de hecho, lo está siendo, sin ningún género de dudas.

Partiré, en primer lugar, en mis reflexiones, de un supuesto que considero más que contrastado: la superioridad de la economía de mercado como mecanismo de creación de bienestar.

Y lo hago porque, en mi opinión, el debate sobre sistemas económicos está hoy completamente superado. Los resultados de los regímenes comunistas dictatoriales que hoy subsisten o sus herencias en el continente africano son excepcionalmente útiles para aclarar cualquier posible duda, si es que a alguien todavía le puede surgir alguna.

El debate se centra hoy, por tanto, en los ingredientes que la economía de mercado requiere para producir los resultados adecuados. Y creo poder afirmar sin miedo a equivocarme que hoy

existe un amplio consenso sobre cuáles son esos ingredientes o, si se quiere, sobre cuáles son las fuentes de la prosperidad:

- en primer lugar, el pleno uso de los recursos de un país, para lo que resulta esencial la reducción del desempleo;
- en segundo lugar, disponer de capital humano, lo que exige extender la educación a toda la población y mejorar la calidad de la formación;
- en tercer lugar, la difusión del progreso técnico;
- en cuarto lugar, la estabilidad y el buen funcionamiento de las instituciones; y
- en quinto lugar, la apertura económica al exterior.

La globalización aporta algunos de los ingredientes esenciales de la prosperidad: el libre comercio, la difusión del progreso técnico y, en parte, la estabilidad institucional, a través de los instrumentos que proporcionan algunas instituciones multilaterales.

* * *

El papel del político responsable es permitir que avancen estos fenómenos que definen la esencia de la globalización, en beneficio del conjunto de los ciudadanos. Esto exige reformas, que no siempre no son fáciles de instrumentar, pero que resultan imprescindibles para cosechar los frutos deseados.

La alternativa para un político es el populismo o la demagogia. No sé si cualquiera de estas dos opciones puede llegar a ser rentable electoralmente. Lo que sí tengo muy claro es que los resultados de ambas es idéntico: catastrófico.

La apertura comercial no es sencilla. Sabemos muy bien que la liberalización beneficia al conjunto de los ciudadanos y de las empresas. Sin embargo, existen colectivos e intereses concretos que se oponen a todo proceso de liberalización comercial, y que ejercerán toda su presión en defensa de sus rentas monopolistas u oligopolistas.

La obligación del político responsable es resistir esas presiones y buscar el bienestar general, en beneficio de esa mayoría silenciosa que identificamos con el interés general.

Cuando desempeñé la responsabilidad de Presidente, viví muy de cerca las presiones ejercidas para paralizar o retrasar procesos liberalización comercial en muchos mercados clave, tanto en el marco de la apertura a la competencia en el conjunto del mercado único europeo como en la apertura de los mercados europeos a la competencia exterior. Siempre tuve clara la decisión: apostar por la eliminación de barreras, estableciendo en todo caso un calendario progresivo de apertura, y dejando muy claro desde el primer momento que la liberalización en sí no era negociable.

La responsabilidad del político se encuentra asimismo en la defensa de la estabilidad de las instituciones y del imperio de la ley. Se trata de un pilar esencial para la prosperidad.

Un marco institucional adecuado aporta seguridad y confianza y permite a los ciudadanos y a las empresas desplegar todo su potencial de innovación y dinamismo.

Al mismo tiempo, hay pocas cosas más dañinas para la prosperidad de una sociedad que la inestabilidad institucional. Como afirma con frecuencia quien durante mis ocho años de Presidente fue el ministro de Economía de mi Gobierno, y hoy Director gerente del Fondo Monetario Internacional, las peores crisis económicas son las que se derivan de crisis políticas e institucionales.

Los políticos deben garantizar por encima de todo la estabilidad de las instituciones del Estado, que debe a su vez garantizar la propiedad privada, el respeto de los contratos mediante la administración de justicia y hacer valer el imperio de la ley.

La libertad y la estabilidad deben extender su campo de acción al terreno de la política económica. Soy, como probablemente saben, un convencido defensor de las reformas estructurales en la dirección de la privatización, de la liberalización y de la competencia, y también de la estabilidad presupuestaria. No me cabe ninguna duda de que son también ingredientes esenciales de la prosperidad.

Las reformas estructurales se enfrentan, asimismo, a resistencias y rechazo por parte de quienes no desean mayor grado de flexibilidad o competencia. Los intereses oligopolísticos suelen ser poderosos pero, de nuevo, el político debe imponer el interés general al interés particular.

Les puedo transmitir mi experiencia en algunas de las reformas acometidas durante mi mandato. En el caso de las privatizaciones, por ejemplo. En el año 1996, muchas empresas españolas, algunas de gran importancia para el conjunto de la economía, estaban en manos del Estado. Soy un convencido liberal, creo que las empresas deben estar en manos privadas, y que deben ser gestionadas por profesionales, no por políticos, y tomé la decisión de acometer un proceso masivo de privatizaciones, que se extendió a sectores como la energía, las telecomunicaciones, la banca, los seguros, la industria o el transporte aéreo, por citar algunos.

Tuvimos que vencer fuertes resistencias, porque había muchos intereses creados y rechazo a las privatizaciones en varios frentes. Sin embargo, el proceso se llevó a cabo como se había planeado, y creo que ha sido un completo éxito. Hoy esas empresas son mucho más eficientes, son más productivas, crean empleo, prestan mejores servicios, innovan más y son capaces de competir con éxito en los mercados internacionales.

Las liberalizaciones y la introducción de competencia en mercados hasta entonces monopolísticos o pseudomonopolísticos

representaron otro reto que exigió una fuerte dosis de voluntad política. Los mercados energéticos, los mercados de telecomunicaciones, muchos mercados de servicios profesionales, el sector del comercio o el mercado de suelo, por citar algunos ejemplos, no operaban en régimen de plena competencia.

Los intereses de los propietarios, gestores e incluso empleados de las empresas monopolistas u oligopolistas, así como los intereses particulares de determinados colectivos profesionales bien organizados se oponían a la introducción de competencia. De nuevo, las decisiones políticas se decantaron por el interés general.

La consecución de la estabilidad presupuestaria ha sido uno de los mayores logros de mi etapa de Gobierno, pero también uno de los retos que mayor dosis de convicción y decisión ha exigido.

Cuando asumimos la responsabilidad de gobernar, el déficit público era del 6,6% del PIB, la deuda pública había crecido 30 puntos de PIB durante el mandato del Gobierno anterior, aproximándose al 70% del PIB, la calificación de la deuda pública española era mediocre, y los tipos de interés de la deuda pública a largo plazo eran del 14%. La moneda nacional de ese momento, la peseta, se había devaluado en cuatro ocasiones en tres años. Durante casi veinte años, España venía liquidando su presupuesto con déficit.

Como Presidente del Gobierno, y con el reto entonces inalcanzable de formar parte de la Unión Monetaria Europea, la consecución de

la estabilidad presupuestaria se convirtió en una prioridad del más alto nivel. Se trató de un reto muy difícil, y muy costoso políticamente, porque exigía tomar decisiones de recorte de gasto que afectaban a colectivos sociales muy amplios, entre ellos, los funcionarios públicos.

Asumí personalmente el reto de alcanzar el equilibrio presupuestario creando una Oficina Presupuestaria bajo mi dependencia directa, lanzando así, además, un claro mensaje a los agentes económicos y sociales de la importancia que otorgaba a este asunto.

Hay gobiernos que nunca encuentran un momento oportuno para hacer reformas. No me sorprende. A un Presidente del Gobierno todas las voces que le llegan son siempre de personas –de grupos de interés, normalmente- que le dicen que hacer las reformas que convienen generará muchas complicaciones.

Por eso decidí que el gran programa de reformas tenía que hacerse muy pronto y debía tener un profundo contenido reformista. Dos semanas después de llegar al poder hice lo que teóricamente nunca debe hacerse: recortar en muchos miles de dólares el presupuesto público de ese año. Y además establecí legalmente la prohibición de que el Gobierno aumentara sus gastos sin autorización expresa del Parlamento. Por si eso fuera poco en ese mismo conjunto de medidas decidimos abrir los mercados de la energía, las telecomunicaciones, la prestación de servicios, y un largo etcétera.

Se dijo entonces que esas medidas perjudicarían a los más débiles, pero lo cierto es que gracias a esas decisiones las empresas españolas pudieron crear casi 6 millones de empleos en ocho años, aumentando en un 50% la población ocupada. Cada una de esas personas es una historia que merece la pena. Una historia de superación personal, de oportunidades aprovechadas, de esfuerzo recompensado. Es de lo que más orgulloso me siento.

El empeño político permitió superar el reto. Redujimos el déficit a algo más del 2% del PIB en dos años y alcanzamos el equilibrio presupuestario otros dos años después. España cumplió con todos los criterios de convergencia del Tratado de Maastricht y se convirtió en socio fundador del euro.

Durante mi etapa de responsabilidad política como Presidente del Gobierno español he intentado, por tanto, ser coherente con los principios que les he citado. Y la sociedad española ha sabido aprovechar ese escenario favorable para materializar su potencial de prosperidad en avances económicos y sociales.

El dinamismo social se ha traducido en seis millones de nuevos empleos en ocho años, un cincuenta por ciento más de personas trabajando (18 millones en 2004, 12 millones en 1996); un crecimiento de la población de más del diez por ciento (ya somos 44 millones de españoles); una renta per cápita superior a los 20.000 euros, y un acercamiento en prosperidad desde el 78% de la renta media de la Unión Europea a más del 90% de esa media.

Todo lo anterior no es atribuible a los políticos, sino a la sociedad; pero debemos tener presente que, sin las condiciones adecuadas, que sólo los políticos pueden asegurar, el progreso económico y social no germina.

* * *

El momento presente es muy importante para hacer avanzar la prosperidad mundial. Y lo es porque vivimos un momento crucial para el éxito o el fracaso de la Ronda de Desarrollo de Doha.

La Organización Mundial de Comercio constituye un gran avance para todos. Un logro histórico, alcanzado en 1995, casi cuarenta años después de la firma de la Carta de La Habana.

Injusta e irresponsablemente constituida en la “diana” de los foros “antiglobalización”, que yo considero más bien foros “antidesarrollo” o “antiprogreso”, la Organización Mundial del Comercio es la única institución capaz de proporcionar el desmantelamiento progresivo de las barreras económicas y comerciales con carácter global.

La irresponsabilidad de quienes arremeten contra esta institución es enorme, porque es precisamente la única que asegura la defensa de los intereses de los más débiles, los que más tendrían que perder en un mundo en el que imperara la “ley de la selva”, la “ley del más fuerte”.

El progreso del libre comercio mundial exige una conclusión satisfactoria de la nueva ronda. Tras los fracasos de Seattle y de Cancún, se presenta una nueva oportunidad en Hong Kong.

Y, en este momento, quiero subrayar que ha llegado el momento de la responsabilidad, que incumbe a todos.

Flaco favor hacen al desarrollo quienes, desde los países desarrollados, se siguen resistiendo a desmantelar barreras comerciales dañinas para los países en desarrollo.

Y flaco favor hacen asimismo al desarrollo quienes, desde los países menos adelantados, optan por las posturas populistas y demagógicas, sumándose a los discursos más radicales de los foros antiglobalización.

Unos y otros contribuyen a frenar una ronda que, de concluir con éxito, reportará ganancias de bienestar para todos, pero muy especialmente para los países en desarrollo.

Como ha destacado el nuevo Director General de la Organización Mundial de Comercio, es necesario trabajar con extraordinaria intensidad y responsabilidad desde el día de hoy para asegurar el éxito de la conferencia de Hong Kong. Hay mucho en juego.

* * *

El avance del libre comercio exige, además, ser pragmático.

Les he trasladado mi convicción en el carácter esencial de la vía multilateral. Sin embargo, en mi opinión, cerrar las puertas a otras vías por las que se pueden conseguir avances de la libertad de comercio no es acertado. Me refiero, naturalmente, a los procesos de integración regional y a los acuerdos comerciales bilaterales.

En un mundo ideal sería deseable la liberalización plena del comercio mundial a través de la vía multilateral. Desgraciadamente, el mundo es bastante más complicado, y exige enfoques pragmáticos.

El avance de los procesos de integración regional es un hecho incuestionable. Frente a las críticas de los “multilateralistas puros”, mi opinión es que estos procesos son pasos positivos. Es cierto que

la permanencia de barreras frente a países terceros no es deseable, pero miremos el lado positivo: estos procesos ayudan a dismantelar barreras proteccionistas entre los socios que se integran y, de esta forma, facilitan el avance posterior de los procesos de liberalización multilateral.

Lo mismo cabe decir de los acuerdos bilaterales. No forman parte del escenario supuestamente ideal, pero contribuyen de forma efectiva a dismantelar obstáculos a los intercambios comerciales y a las inversiones, y se traducen finalmente en ganancias de bienestar. La zona de libre comercio de México con la Unión Europea, que siguió a la puesta en marcha del NAFTA, sirve de ejemplo de balance positivo de los procesos a los que me refiero.

En ese contexto, el éxito de la Ronda de Desarrollo de Doha no está reñido con el avance de varios procesos de integración regional y de acuerdos comerciales bilaterales que hoy están en marcha. Me gustaría destacar tres de ellos.

En primer lugar, el acuerdo Unión Europea-Mercosur. En mi opinión, debe superarse cuanto antes el estancamiento sufrido en los últimos años. Las recientes decisiones de relanzar las negociaciones son, en mi opinión, una noticia muy positiva. Deseo el mayor éxito a ese proceso.

En segundo lugar, el mercado común centroamericano. No tendré la osadía de profundizar en este asunto ante un auditorio que conoce el proceso mucho mejor que yo, pero sí les diré que la plena

integración económica centroamericana sólo puede cosechar buenos resultados en términos de prosperidad.

En tercer lugar, un acuerdo transatlántico entre la Unión Europea y los Estados Unidos. Este acuerdo, de carácter abierto al resto del mundo y centrado en el desmantelamiento de las barreras reguladoras que frenan la plena integración de las economías europea y estadounidense, debería ayudar a refortalecer el vínculo transatlántico, sobre cuya importancia para todos no creo necesario insistir.

Estos procesos, unidos a otros muchos, permitirán ir ganando terreno al proteccionismo, y constituyen avances, si se quiere, en diagonal, pero al fin y al cabo avances, hacia un mundo más libre y más próspero.

* * *

Ha sido un placer compartir con ustedes estos minutos, y sólo me queda reiterarles mi agradecimiento por su paciencia, su interés y su amabilidad. Muchas gracias.